

*Homilía de D. Bernardo Torres Escudero,  
Juez Delegado de la Causa de Canonización  
de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús  
en el 10<sup>o</sup> aniversario del fallecimiento  
03 - 08 - 2014*

Queridas hermanas y hermanos todos en Cristo:

Celebramos hoy el décimo aniversario de la partida de la Madre Mercedes a la Casa del Padre, su meta definitiva como ha de serlo la de cada uno de nosotros.

Las lecturas de este domingo nos ayudan a entender, acoger y vivir mejor este Misterio del Amor de Dios. La primera lectura muestra que se quiere presentar la gran realidad de la salvación mediante imágenes. Estas imágenes nos hablan de un banquete, el banquete mesiánico, del que participarán todos los que creen en las promesas y viven la Alianza. El Profeta Isaías nos dice: «Oíd, sedientos todos, acudid por agua, también los que no tenéis dinero: venid, comprad trigo, comed sin pagar vino y leche de balde...Escuchadme atentos, y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclina el oído, venid a mí: escuchadme, y viviréis. Esta participación en el banquete, imagen de la salvación, del gozo de la presencia de Dios, es, como bien entendió la Madre Mercedes un don, un regalo del amor desmedido de Dios al hombre. En Cristo Jesús, por medio de su nueva y definitiva alianza, Dios devuelve al hombre al mundo de la gracia, arrancándolo del mundo del pecado. Restaura la naturaleza caída y nos pone en camino de salvación. Todo es gratuidad, todo es Gracia. Así lo entendéis vosotras desde vuestro carisma que contempla a María, como la llena de gracia, la Inmaculada, la que recibió el don desde el momento de su Concepción.

Por todo esto el alma enamorada de Cristo, como la de Pablo, canta confiado ¿quién podrá apartarnos del amor de Cristo? ¿La aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? El amor de Cristo lo podemos entender en un doble sentido: el amor que Cristo nos tiene y el amor que nosotros tenemos a Cristo. El amor que Cristo nos profesa a nosotros es la raíz, la causa y la posibilidad de cualquiera otra forma de amor en profundidad. El amor de que se habla es el amor desinteresado y de amistad. El amor de Cristo es la causa de nuestro amor mutuo o a Él. Así lo expresa el propio Jesús transmitido por Juan en la última cena: amaos mutuamente porque yo os he amado primero (Jn. 15,12). Este punto de referencia es el que hemos de tener en cuenta para comprender a Pablo.

Pablo coloca frente a frente dos realidades extremas: el amor ilimitado de Jesús por los suyos, un amor inapreciable y totalmente gratuito. Un amor creador y rehabilitador del hombre en su profundidad. Y en el otro extremo el recuento de necesidades incrustada en la profundidad del hombre y que afectan de forma directa y grave a su vida. Sólo desde la experiencia de la obra de Cristo y la acción del Espíritu es posible entender estas palabras de Pablo.

“Nada podrá apartarnos de ese amor. Preguntamos: ¿creemos en el amor de Cristo? ¿Cree-mos en que Dios nos ha hecho ser amor y en que el amor es la mayor fuerza que existe en el mundo si sabemos explotarla? Normalmente nos abrumba más el peso del pecado, el recuerdo de nuestros fracasos, el miedo a sucumbir. ¡Hemos empezado tantas veces...! Pero, hermanas, ¿cómo

hemos empezado? ¿Con qué soporte contábamos? ¿En quién nos hemos apoyado? ¿En nuestra debilidad o en una fe ciega, ilimitada en el amor de Dios? Creo que es aquí donde está el fallo. No creemos que Dios nos quiere tanto como nos quiere, de verdad. No creemos que su fuerza es la nuestra. Metámoslo en nuestra mente, regenerémosla. Dios nos ha amado, como nos dice el hecho de haber desangrado a su propio Hijo por nuestro bien. Y este amor ha sido con constancia, siempre, aunque no lo creamos, aunque no lo sintamos, aunque no lo percibamos. Siempre nos ha amado así, siempre ha estado y está este su amor en nuestro corazón, siempre.

Siempre está acompañándonos y ofreciéndonos su fuerza amorosa. ¿Lo creemos? ¿Pensamos, hermanas, qué beneficio nos aportaría esa fe en el amor que él nos tiene, con el que nos acompaña siempre? Aquí está nuestro fallo. ¿Lo pensamos? Seguro que si lo pensásemos y lo creyésemos, nuestro corazón se llenaría de alegría, de fuerza, de valentía. ¿Quién o qué nos podría apartar de Cristo? Recordemos a San Pablo: "¿quién nos separará del amor de Dios? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, como dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos más que vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. 8,35 – 39). Nadie sería capaz.

San Pablo llegó a hacer obras tan grandiosas de evangelización, porque creyó en el amor que Dios le tenía. Había sido elegido por Él y él le había elegido: "Sé de quién me he fiado", decía (2 Tim. 1, 12). Y ya lo vemos, lleno de trabajos, en prisiones, herido, en peligro de muerte, azotado, apedreado, naufragó tres veces, pasando un día y una noche en los abismos del mar, lleno de peligros, peligros de salteadores, peligros de los de su raza, peligros de los paganos, peligros en la ciudad, en los desiertos, peligros en el mar, peligros de falsos hermanos, en trabajos y fatigas, en vigiliadas frecuentes, en hambre y sed, en constantes ayunos, en frío y desnudez; y, además, decía, mi obsesión diaria, la solicitud por todas las iglesias (2 Cor. 11, 24-28). Y con todo esto pudo.

A todo esto se le añadió además un agujijón de la carne, un ángel de Satanás que me abofetea, dice San Pablo (2 Cor. 12, 7). Pero creyó en el amor del que lo había elegido, confió en él y pudo con todo. Fue el amor a Cristo, porque se fió de él, la fuerza que pudo mantenerle fiel, firme en su fidelidad, a pesar de tantas dificultades. Creyó en el amor de Dios. Así lo dijo: "Me amó y se entregó por mí" (Gál. 2, 20). Y esta fuerza fue la vida de su vida y fue la fuerza de su fuerza. Fue la fuerza de su fuerza en el amor, en la fidelidad, en la fe.

Hermanas, ¿por qué no creemos en el amor de Dios? Lo digo con pena. Lo digo porque si no emigramos de lo que se opone a él es porque no tenemos fuerza espiritual para hacerlo. Y si no tenemos fuerza es porque no creemos firmemente en su amor y poder, en su deseo de santificarnos. No, no. Pasamos la vida insensibles a lo esencial. Y así nos va: ¡arrastradas por las propias pasiones! Porque es su energía divina nuestra fuerza para hacer ese despojo total que nos pide nuestro voto de castidad, nosotras no deberíamos dudar, pues que lo tenemos tan claro, igual que San Pablo, ya que la elección por parte de Dios es una revelación de su amor a nosotras, la revelación de un amor de predilección. ¿Lo creemos? Viviríamos de otra forma si lo creyésemos con la fuerza que emana del amor de Cristo, con la misma fuerza que él nos ama.

Por eso nuestra debilidad no debe ser causa para que no amemos a Cristo con locura y sobre todas las aficiones terrenas. No debe ser causa de temor y miedo al fracaso, sino de gozo porque también esto es amor. Nos lo dice San Pablo: "Por esto me complazco en mis flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en las angustias por Cristo, pues cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Cor. 12, 9-10). Hasta ahí llega la fe en el amor de Cristo.

Cuando creemos en el amor que Cristo nos tiene, nuestra debilidad y flaqueza se convierten en nuestra fuerza. Entonces sí que podemos amar y servir al Señor con esa fidelidad exquisita y virginal que decíamos, porque hemos cimentado bien, nos hemos apoyado bien, hemos puesto seguridad y fuerza en nuestra decisión. Y triunfaremos sin duda alguna de todo obstáculo que se interponga, que siempre serán menores que los que tuvo que soportar San Pablo y los que tuvo que soportar nuestra Madre Santa Beatriz. Ella creyó en el amor de elección y en la gracia divina y, con ella se mantuvo firme hasta la muerte”.

Me imagino que ya sabéis a quién ha de atribuirse esta meditación. La Madre Mercedes nos la ofrece en sus Ejercicios Espirituales. Ella entendió bien el misterio del amor de Dios, cumplido en Cristo, y a él se entregó en totalidad. En la reflexión de una de las estaciones del Viacrucis nos decía: ¡Madre mía, que yo sepa rendir mis afectos, todos mis afectos, en silencio, ante la urgencia de santidad de mi vocación consagrada! ¡Que sólo busque a Dios en ellos! ¡Oh, Jesús!, concédeme que el vacío, que el silencio de Dios y de las criaturas que he de sufrir como tú, haga crecer en mí, el gigante del amor y de la confianza en ti que llevo en el corazón. ¡Señor, que como tú, nunca deje de creer y confiar en ti y en el Padre!

Y supo sobreponerse a todas las tremendas adversidades de lo humano, que Pablo decía: la aflicción, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada... y como él responder: “Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado”. Ella misma se preguntaba en la reflexión a otra de las estaciones del Viacrucis: “¿Sé yo callar así, tanto en la enfermedad como en la salud, en el mucho trabajo como en el ocio santo, en las humillaciones como en las alabanzas, en la abundancia espiritual como en la aridez y sequedad?”

Y concluyo diciendo, perdonad que me alargue, que el Evangelio que acabamos de escuchar es un buen resumen de lo que he querido transmitir en esta reflexión. Encontramos la compasión de Jesús por los hombres, su pasión por nosotros. Dice el texto “se compadeció”, “le dio lástima”. Esa pasión por el hombre es la razón de su amor desmedido, de quien sentado a la mesa parte el Pan, se queda en el Pan de la vida para alimento del hombre. Evoca sin duda este texto a la última cena y es imagen de una comunidad viva que parte el pan y proclama la palabra de Jesús; una comunidad que lee este relato de la multiplicación de los panes en el marco de una celebración en la que se bendice el pan, se parte y se distribuye a los asistentes. Esta doble realidad da el verdadero sentido y relieve al relato de este gesto portentoso de Jesús.

Pero Jesús no se queda ahí simplemente en el gesto, sino que implica a los hombres para que sigamos llevando a cabo con Él ese mismo gesto de la Caridad. Y nos dice: “dadles vosotros de comer”. En ese banquete mesiánico de la primera lectura no nos podemos sentar solos, sino que los primeros puestos los han de ocupar los últimos. Nuestras asambleas eucarísticas han de ser reflejo de esta escena evangélica. Y no nos quedemos sólo en una caridad espiritual, sino que ha de pasar por el tamiz de una caridad material y efectiva que alivia, no sólo el hambre espiritual, sino también el material de nuestros hermanos. Un amor que no se traduce en obras es un amor muerto. Y toda esta última parte sí la digo yo, pero creo que la Madre Mercedes la firmaría conmigo.

**D. Bernardo Torres Escudero**  
**Vicario judicial del Obispado de Ciudad Real y**  
**Juez Delegado de la Causa de Canonización**